

Lecturas para la democracia. Figuraciones del lector en los proyectos culturales del Primer Centenario Argentino

por *Carola Hermida*
(Universidad Nacional de Mar del Plata)

RESUMEN

Ante la sanción de la llamada Ley Saénz Peña, ciertos intelectuales argentinos ven la necesidad de formar al ciudadano que asumirá la responsabilidad del voto. Para ello buscan conformarlo como lector y conformar simultáneamente el cuerpo de textos en el que debe abreviar. Esto pone en marcha un operativo de “ordenamiento” del material bibliográfico nacional y surgen entonces proyectos editoriales, nacen cátedras, se redactan disposiciones educativas, programas y orientaciones pedagógicas para delimitar una práctica que se considera central en la formación del ciudadano argentino que necesita la democracia.

LECTURA – DEMOCRACIA – CENTENARIO – ARGENTINA – POLÍTICAS EDITORIALES

Políticas editoriales en las primeras décadas del siglo XX

Durante los primeros años del siglo XX, tuvo lugar en nuestro país una diversificación de las prácticas editoriales (Merbilhaá 2014) que significó un cambio radical respecto de las complejas y áridas experiencias de fines del siglo XIX (Pastormerlo 2015). En el nuevo siglo, la proliferación de publicaciones populares a bajo costo generó un consumo y un modo de lectura inusitado hasta entonces; paralelamente, despertó las alarmas de ciertas formaciones intelectuales que encararon otras propuestas (Rubione 1983) y se gestaron proyectos encabezados por intelectuales prestigiosos, que pretendieron seleccionar “los mejores libros” con un afán pedagógico, didáctico y político.

Ante la proliferación de estas publicaciones consideradas contaminantes (en sentido lingüístico, pero también moral e ideológico), buscaron construir un canon nacional que permitiera cohesionar al cuerpo social. En una coyuntura marcada por la inmigración, la denominada “cuestión social”, la proximidad del primer acto electoral que tendría lugar luego de la sanción de la “Ley Saénz Peña”, dos nuevas colecciones, la *Biblioteca Argentina* y *La Cultura Argentina*, se presentan como los archivos que reúnen los “clásicos” de la producción nacional, encarando una disputa no sólo por el pasado y la tradición, sino también por cierta representación del presente y la consiguiente construcción de cierto modelo de lector y ciudadano.

De entre la multiplicidad de textos que se habían publicado en nuestro país a partir de la colonia (o aún de aquellos textos orales previos, como propone Rojas) había que decidir cuáles rescatar, prologar y explicar. En sus distancias y diferencias, estas colecciones se muestran como dispositivos deudores de políticas nacionalistas enfrentadas en varios aspectos (Degiovanni 2007). Mientras Rojas apunta a rescatar una tradición criolla e intenta a través de ella “extirpar” o en todo caso, “educar” y “corregir” las influencias foráneas, Ingenieros hace una lectura positiva de la inmigración y de las transformaciones que genera. Por esto, la *Biblioteca Argentina* focaliza los grupos criollos letrados anteriores a 1880, mientras que en *La Cultura Argentina* la apuesta es hacia una meritocracia, construida desde la difusión del saber científico y el entramado de una tradición que se labre a partir de la recuperación de otras voces y otros recortes históricos y discursivos. En efecto, si Rojas rescata la tradición oficial, desde un lugar de poder y consagración estatal, Ingenieros se niega sistemáticamente a recurrir al negocio de “vender” sus libros al Estado o solicitar su apoyo. Por otro lado, si Rojas jerarquiza el discurso literario y la incorporación de las humanidades en la escuela, Ingenieros parte del discurso sociológico y “científico” y confía en otros medios e instituciones para la difusión de este saber (la prensa, los libros de circulación popular, las conferencias y encuentros literarios y

políticos, la universidad, etc.). A su vez, esto promueve la construcción de lectores modelos distintos: si el lector de la *Biblioteca Argentina* es conducido por un director omnipresente y vigilante hacia una interpretación basada tanto en un humanismo retórico y filológico, como en la recuperación de ciertos valores “tradicionales”, el de *La Cultura Argentina* debe confrontar voces diversas, exponerse a la polifonía de ediciones a menudo caóticas y a interpretaciones antidogmáticas, incluso jacobinas, que rescatan y destacan voces, autores y textos hasta entonces excluidos de lo que se consideraba el patrimonio nacional.

La Biblioteca Argentina

La *Biblioteca Argentina* está conformada por 29 volúmenes definidos como “Los mejores libros de la literatura nacional”, preparados especialmente por su director, quien redacta para cada tomo una “Noticia preliminar”. La selección se basa en la importancia de los temas, la dificultad para hallar ejemplares en el contexto de publicación, la falta de ediciones de calidad, la contemporaneidad de lo dicho y la posibilidad de usar esas palabras para formar una nueva subjetividad lectora y política. Por ejemplo, luego de hablar del valor de *Condición del extranjero en América*, de Sarmiento, aclara Rojas:

... pero no son estos atributos (...) los que me hacen preferir este libro de artículos a otros similares del maestro, sino la idea que en todos ellos persiste, al oponer, durante una prédica de treinta años, el espíritu unificador de nuestra nacionalidad a la peligrosa dispersión de nuestro cosmopolitismo. (1928: 11)

Lo interesante es que aquí Sarmiento combate el cosmopolitismo, como lo hará Rojas en *Blasón de Plata*; que el tomo de Gorriti seleccionado y la *Educación Popular* de Sarmiento predicen la importancia de la educación laica y pública, como lo hará Rojas en *La Restauración Nacionalista*; que la preocupación de Alberdi por sentar las bases para una constitución republicana es compartida por el coleccionista, quien a raíz de esto agrega a la edición la Constitución Nacional vigente en ese momento; que la lectura que hace Estrada de la “tiranía de Rosas” es similar a la que hace Rojas cuando habla de “Los Proscritos” en su *Historia de la literatura argentina*; en síntesis, lo que hace a estos textos dignos de figurar en esta *Biblioteca Argentina* es lo que tienen para decirle al ciudadano argentino de principios de siglo XX, en consonancia con las publicaciones de su director. Veamos, cómo opera a partir del famoso (y en el Centenario, urticante) lema de Alberdi:

Por ejemplo su frase: *gobernar es poblar*, adquiere muchas limitaciones en este libro, y muy diverso sentido del que suele atribuirle el vulgo político que la repite. Yo he protestado de ello en otras ocasiones, para decir que su ideal no consiste en poseer una población numerosa por simples agregaciones materiales, sino en forjar un pueblo elegido por ardientes fusiones espirituales (...). Por haber formulado LAS BASES más altos ideales de argentinidad y civilización, pongo este libro en manos del joven lector argentino... (1915: 28)

La *Biblioteca Argentina* pretende, a través de un proyecto político y pedagógico, reinsertar en un cuerpo disciplinado y sano, las amputaciones realizadas por el vulgo. Para interpretar correctamente la frase de Alberdi, es necesario ubicarla en una trama de voces, citas y textos que le hagan decir lo que debe decir en el contexto de una inmigración inusitada. Dice Rojas en la Noticia Preliminar a *Condición del extranjero en América*:

Sarmiento vió claramente en el fondo de este nuevo problema argentino, y cuando yo escribí mi libro, *La restauración nacionalista*, los argentinos habíamos olvidado su última predicación. Confieso que yo no conocía esta obra de Sarmiento, cuando recogí del campo nativo esta bandera abandonada en el entrevero mercantilista de

nuestro tiempo, y que solo más tarde supe que ella había caído de manos de Sarmiento... Por eso mismo me complazco ahora en establecer este abolengo del nacionalismo actual, renovando la memoria de este credo sarmientesco. (1928: 15)

La imagen es clara: son guerreros en un campo de batalla, abanderados de una causa aún vigente. Rojas, heredero de ese legado, lo actualiza y le rinde homenaje con sus obras, en una actitud casi religiosa. Por esto, frente al problema de la inmigración, el director de la *Biblioteca Argentina* esgrime *Las Bases, Condición del extranjero en América, Estudio sobre las leyes de Tierras Públicas* de Avellaneda; frente al actualísimo problema de los vínculos entre la Iglesia y el estado, propone la meditación del libro de Vélez Sarsfield y aconseja no separar ambos poderes. Frente a la lectura jacobina de Moreno, que ofrece el tomo correspondiente en la colección dirigida por Ingenieros, Rojas opone una construcción liberal y democrática del prócer en su *Doctrina democrática*; frente a la valoración del “socialismo” presente en el *Dogma Socialista* de Echeverría que se evidencia en la introducción que Ingenieros prepara para este tomo en *La Cultura Argentina*, Rojas se encarga de acotar y redefinir la significación de ese adjetivo cuando introduce el tomo correspondiente en la *Biblioteca Argentina*.¹ Esta tarea de pulir, ajustar y poner en funcionamiento nuevamente exige al coleccionista ciertas operaciones, en particular en lo que se refiere al léxico y al sentido de las palabras.

¿De qué *democracia* hablan Lizarraga, Moreno, Echeverría o Gorriti? Precisamente, Groussac (1980: 287) se burla de la operación de Rojas al titular *Doctrina democrática* los escritos de Moreno “donde solo una vez está empelado el adjetivo a propósito de Suiza”, y tal vez objeciones similares podrían hacerse con respecto a otras extrapolaciones. En ciertas ocasiones, Rojas agrega adjetivaciones para “relativizar” o “adecuar” el concepto, como cuando habla de las propuestas democráticas de Monteagudo y distingue su “*democracia romántica*” y la “*democracia ‘posible’*” (1916: 29), o en la Noticia Preliminar a las *Reflexiones* donde aclara que “... debemos considerar a Gorriti como el defensor de la *democracia federal*” (1916e: 9, el subrayado es mío). La estrategia de la *Biblioteca Argentina* es mostrar un recorrido uniforme y parejo, sin sobresaltos, en el que cada autor abonó un concepto vuelto así eterno y universal. El coleccionista para esto adjetiva, focaliza, ordena, funda precursores y herederos de un recorrido común, y entreteje un linaje: “Presiéntese ya en todo eso la futura actitud de Echeverría en el *Dogma*, de Sarmiento en *Educación Popular*, de Alberdi en *Las Bases*. Necesidad de organizar la América en una democracia...” (1916e: 36).

Hay casos en los cuales no basta con agregar un adjetivo, como pasa con fórmula “civilización y barbarie”. Aquí, Rojas escribe un libro completo, *Blasón de Plata* (1910) para reformularla o adecuarla al nuevo contexto. Por esto, en la “Noticia Preliminar” al *Facundo* dice:

Esta fórmula ha prestado sus servicios al progreso del país; pero es tiempo ya de comenzar a denunciarla por lo que tiene de parcial y peligrosa... la considero insuficiente / para explicar la evolución argentina (...) La fórmula de Sarmiento encierra sólo una verdad pragmática, es decir, utilitaria y ocasional, vigorosa en su tiempo, pero gastada ya... (1929: 22-23)

A raíz de esto, es éste uno de los pocos libros en los que Rojas señala la caducidad del mensaje y remarca el valor literario del libro, es decir “las intuiciones de su autor como artista” (1919: 23). De este modo, la colección busca reinscribir los textos publicados en la trama discursiva del Centenario. Para esto, a veces tensa ciertas hebras de sentido; a veces anuda hilos que otros han cortado; a veces inventa puntos que permitan llenar los huecos que el tiempo ha dejado en el tejido, o denosta una lazada equivocada, que ya no llega a ligar el cuerpo textual.

La Cultura Argentina

¹ Para una lectura detenida de estas cuestiones, ver Degiovanni (2007).

En septiembre de 1915, José Ingenieros publica el primer número de *La Cultura Argentina*, colección que busca reunir los “clásicos nacionales”. En lugar de “biblioteca”, como Rojas, opta por la palabra “cultura” e incluye textos que escapan claramente del encasillamiento en los géneros literarios canónicos. No sólo aparecen obras narrativas, sino también textos considerados científicos. Esta primera diferenciación postula otro modelo de lector, que ya no busque en la literatura el discurso conformador de la nacionalidad (como proponen por entonces Rojas o Lugones), sino que abreve en el campo de los escritos sociológicos y científicos.

A su vez, además de las diferencias en cuanto a los libros elegidos, se distancia de la *Biblioteca Argentina* en la lectura que propone para aquellos títulos que coinciden. Si, por ejemplo, *Facundo* es para Rojas un texto valioso por sus logros retóricos, para Ingenieros es un eslabón fundamental en los textos de la sociología nacional. Hay también, títulos diferentes: siguiendo con Sarmiento, en relación con el tema de la inmigración, Rojas publica *Condición del extranjero en América*, mientras que Ingenieros elige *Conflicto y armonía de las razas*. Ambos llaman la atención sobre volúmenes que en ese momento no formaban parte de los más consagrados del sanjuanino y se apropian de ellos, como sus descubridores, para abonar interpretaciones contrarias acerca de la nacionalidad y el papel de los extranjeros en su constitución.

Ingenieros inicia también en 1915 la publicación de la *Revista de Filosofía*, y si ponemos en diálogo ambos proyectos, así como los artículos que escribe en forma casi simultánea y que posteriormente reúne en la *Evolución de las ideas argentinas*, publicado en 1918, puede verse el intento de diagramar un pasado de la historia cultural nacional y americana, en vistas a un proyecto utópico que incorporara a los intelectuales románticos y positivistas (Muñoz 1998). Expresamente, con clara conciencia del rol trascendental de estas operaciones, refiriéndose a su colección afirma en “Historia de una biblioteca”: “Creo útil para nuestra futura historia literaria consignar algunos datos sobre su origen y ejecución antes que el tiempo borre en su perspectiva las primeras impresiones de esta obra, destinada a construir una verdadera enciclopedia de los clásicos argentinos” (Ingenieros 1915: 90). La intervención sobre los textos que aparecen en esta “enciclopedia” es vista entonces como una operación de política de la crítica.²

Cada volumen de *La Cultura Argentina* vuelve sobre los textos y las biografías de los autores, haciéndolos hablar en un nuevo contexto.³ Así por ejemplo, *La herencia moral de los pueblos hispanoamericanos* de Agustín Álvarez incluye como prólogo un texto de Felix Icaste Larios, escrito a raíz de la reciente muerte del autor. En él dice:

...Agustín Álvarez (...) ha tenido (...) la suerte poco común de que una biblioteca muy difundida, *La Cultura Argentina*, emprendiera la reimpresión metódica de sus obras, de manera que sus libros llegan por millares a manos de las nuevas generaciones en condiciones de fácil adquisición.

Y bien, Agustín Álvarez merece la corona de gloria que su posteridad inmediata - casi contemporáneos- ha tejido en torno de sus libros. Quiere decir que esos libros han respondido a una aspiración vehemente que en estas primeras décadas del siglo XX ha preocupado a muchos distinguidos escritores argentinos... (Icaste Larios 1919: 7)

² Tomo la noción de “política/s de la crítica” en el sentido que lo hace Nicolás Rosa (1999).

³ Según Degioanni, Ingenieros “... cuestionaba abiertamente la genealogía política cultural que todos los letrados ligados al aparato oficial -desde Mitre hasta Rojas- habían promovido con su obra. *La Cultura Argentina* subrayaría que los principios contestatarios se habían planteado desde el momento mismo de la revolución emancipadora. En un momento de fuerte competencia por la lealtad política de las masas electorales que debían decidir el futuro del país a partir de la nueva ley electoral, Ingenieros haría de la estratégica edición de la obra de los publicistas y pensadores del siglo XIX la base de su intervención en este punto” (2007: 245).

La legitimidad de Álvarez refuerza el valor de la colección, pero es especialmente la colección quien legitima a Álvarez. Los autores seleccionados y la colección misma deben su celebridad a que responden “a una aspiración vehemente” de la sociedad contemporánea. Como un lazo que se muerde la cola, las amplias tiradas alimentan y forman a un público que es tanto el producto como productor del éxito editorial de la colección.

“Trozos selectos”, manuales y antologías

Además de estas colecciones, el mercado editorial ofrece por entonces antologías destinadas a un consumo específicamente escolar. Como es sabido, estos materiales son valiosos instrumentos para la construcción de un canon y suponen una toma de posición estética y política.⁴ Estos libros apuntan a un destinatario que debe aprehender un corpus amplio, que habitualmente lo excede; por tanto el especialista recoge las “flores”, las “joyas”, entrelaza “ramilletes” e hilvana los “trozos selectos”.⁵

Este tipo de antologías y los manuales son en cierto sentido herederas de las colecciones, pero son también sus opuestos, dado que más que la pulsión de reunirlo todo, se busca escoger lo imprescindible. Se trata de destilar la literatura, de obtener a través de la sapiencia y el gusto del antólogo, un producto más puro y concentrado, que brinde a lectores cada vez más numerosos y menos especializados, la selección de un cuerpo textual inaprehensible.

En nuestro país, dentro del ámbito educativo, la historia del consumo y producción de manuales, colecciones y antologías se entrelaza en forma compleja, condicionándose mutuamente. En este sentido, Bombini plantea que se postergó “la demanda, producción y consumo” de antologías y colecciones escolares durante el Centenario, a causa del “predominio del modelo histórico-enciclopedista que desplaza la práctica de la lectura” y “la inclusión de fragmentos en el interior de los manuales” (2004: 159).

El modo primordial de circulación de la literatura en el ámbito educativo eran las reediciones de las “colecciones de trozos selectos”, elaboradas con criterios didácticos sustentados por diferentes concepciones de la literatura, de la lengua y aún de la nacionalidad. Por esto, algunos de los manuales y textos escolares vigentes durante el Primer Centenario testimonian una visión de la literatura como “agente nivelador”, capaz de disciplinar una lengua que se pensaba expuesta a la contaminación a raíz del cosmopolitismo de entonces.

Según Bombini, “la primera antología para uso en la enseñanza son los tres volúmenes de *Trozos selectos de LITERATURA* de Alfredo Cosson” (2004: 157), publicada en 1916, reedición de *Trozos escogidos de literatura y composición literaria* de 1886. En este caso, ya puede verse en el título el propósito retórico de la selección literaria. En la “Advertencia del editor” de 1908 se aclara cuáles son sus fines: el desarrollo del gusto literario y la formación cívica; ambos se aúnan en la composición literaria. El texto se presenta como un conformador del canon “organizado por géneros o tipos discursivos, donde los autores, aún cuando se asocien con un estilo y, cada estilo, con ciertos ‘valores’,... sienta las bases de un panteón histórico-literario nacional” (Bentivegna 2003: 9). La lengua literaria asume así un rol modélico tanto

⁴ Para una lectura crítica y detenida de las estrategias que ponen en marcha estos textos y de los modelos de consumo literario que promueven ver: Kuentz (1992).

⁵ Dice al respecto P. Kuentz: “Los fragmentos elegidos reducen la literatura a lo esencial porque reúnen los pasajes que / contienen la esencia de cada obra. Por esta propiedad deben naturalizar la oposición del fondo y de la forma. En los ‘textos’ se concentra el ‘mensaje’ de la obra entera. Botellitas valiosas que serán etiquetadas y acomodadas en la bodega del conocedor” (1992: 42-43).

para la escritura como para oralidad (Vázquez Villanueva 2005 y 2006). Dentro de un proyecto político y educativo que aspiraba a la monoglosia, el recurso a la literatura como herramienta se concreta en forma privilegiada a partir de este tipo de publicaciones.⁶

Un caso tal vez más híbrido, que muestra esta conjunción de objetivos diferentes ya también en su título es *Prosa selecta. Idioma castellano*, publicada por Enrique García Velloso en 1905. Su autor es un profesor de literatura que fundamenta la necesidad de este tipo de antologías a partir de sus vivencias docentes: los libros recomendados por las disposiciones ministeriales no son accesibles. Si se trata de ediciones nacionales, no se consiguen; si se trata de obras de la literatura universal, suelen ser costosas o, en su defecto, se presentan en malas traducciones o adaptaciones pobres. Por otro lado, el escaso tiempo disponible para la profusión de lecturas sugeridas impide abordarlas a todas en forma completa. Por esto, la antología se asume como una maquinaria especialmente adecuada para “amoldar” la literatura a las exigencias escolares: seleccionan, recortan, traducen si es necesario, explican y proponen ejercicios para favorecer la enseñanza de la composición a partir de los “modelos literarios”.

A principios del siglo XX, cuando este modelo retórico da paso a otro vinculado con “historiografía escolar”, Alonso Criado publica en 1904 *Apuntes de literatura argentina*, donde destaca el papel del *Martín Fierro* en nuestra historia literaria; y en 1914, tres años antes que Rojas, Enrique García Velloso presenta su *Historia de la literatura argentina*. Estos proyectos intentan trascender el enciclopedismo y el uso preceptivo de la literatura y demuestran que la preocupación por el armado de una serie historiográfica era cuestiones que estaban en debate también en el ámbito de la educación media.

Estas antologías recortan, trozan y disponen textos valiosos desde el punto de vista lingüístico, retórico, histórico y cívico para favorecer la consolidación de una tradición literaria, a la vez que promueven la enseñanza de una lengua y una gramática nacionales. Esta comunidad de textos y de usos pretende configurar también un capital simbólico común entre quienes sólo podrán concurrir a la escuela primaria y aquellos que transitarán una formación media e incluso universitaria.⁷ Compartir un archivo de obras y de lecturas de esas obras es un valioso dispositivo si se busca construir una comunidad nacional y formar ciudadanos que estén a la altura que los desafíos de la vida democrática plantearán en nuestro país.

BIBLIOGRAFÍA

Bombini, Gustavo (2004). *Los arrabales de la literatura*, Buenos Aires, Miño y Dávila.

Alonso Criado, Emilio (1904). *Apuntes de literatura argentina*, Buenos Aires, Establecimiento Tipográfico Roma.

Degiovanni, Fernando (2007). *Los textos de la patria: nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora.

Di Tullio, Ángela Lucía (2003). *Políticas lingüísticas e inmigración. El caso argentino*, Buenos Aires, Eudeba.

⁶ Esto se hace más evidente aún en los libros destinados a la escuela primaria. Tal como señala Di Tullio, “Al libro de lectura se le asignaba una importancia capital no sólo en la formación del niño sino también como medio de influir en su familia, puesto que se trataba a menudo del único material de lectura disponible en la casa”. Por otra parte, en estos casos la selección literaria estaba claramente supeditada a la transmisión de valores nacionales y a la construcción de cierto imaginario en el que “predomina una respuesta negadora de los conflictos” (2007: 196). Para un estudio detenido del tema ver: Sardi (2010).

⁷ Al respecto, analizando el caso francés, A. M. Chartier y J. Herbrard señalan: “Se trata de crear entre la elite que concurre al liceo y la masa de niños que nunca conocerán otra cosa que la escuela primaria, si no una comunidad de cultura, por lo menos cierto número de puntos de referencia compartidos (...). Compartir, aunque sea de manera mínima, valores laicos y que por lo tanto no pueden ser sino nacionales, patrimoniales; eso es lo que permite la escuela si logra los medios de impartir una enseñanza generalizada de la literatura en lengua francesa.” (1998: 284)

- García Velloso, Enrique (1905). *Prosa selecta. Idioma castellano*, Buenos Aires, Ángel Estrada.
- García Velloso, Enrique (1914). *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Ángel Estrada.
- Groussac, Paul (1980). *Crítica literaria*, Buenos Aires, Belgrano.
- Icaste Larios, Félix (1919). "Introducción". Agustín Álvarez, *La herencia moral de los pueblos hispanoamericanos*. Buenos Aires, La Cultura Argentina, 7-20.
- Ingenieros, José (1915). "Historia de una biblioteca". *Revista La Nota* 1, año 1.
- Kuentz, Pierre (1992) [1972]. "El reverso del texto". *Literatura y educación*. Buenos Aires, CEAL, 34-65.
- Merbilhaá, Margarita (2015). "La organización del espacio editorial". José Luis de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*. Buenos Aires, FCE, 31-62.
- Muñoz, Marisa Alejandra (1998). "José Ingenieros y la 'Historia de una biblioteca'". *Cuyo. Revista de filosofía argentina y americana* 15: 203-213.
- Pastormerlo, Sergio (2015). "El surgimiento del mercado editorial". José Luis de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*. Buenos Aires, FCE, 1- 30.
- Rojas, Ricardo (1915). "Noticia preliminar". Juan Batista Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Buenos Aires, La Facultad.
- Rojas, Ricardo (1916). "Noticia preliminar". Juan Ignacio de Gorriti, *Reflexiones*. Buenos Aires, La Facultad.
- Rojas, Ricardo (1919). "Noticia preliminar". Dalmacio Vélez Sársfield, *Relaciones del Estado con la Iglesia*. Buenos Aires, La Facultad.
- Rojas, Ricardo (1928). "Noticia preliminar". Domingo F. Sarmiento, *Condición del extranjero en América*. Buenos Aires, La Facultad.
- Rojas, Ricardo (1929). "Noticia preliminar". Domingo F. Sarmiento, *Facundo*. Buenos Aires, La Facultad.
- Rubione, Alfredo (comp.) (1983). *En torno al criollismo. Textos y polémica*, Buenos Aires, CEAL, Capítulo.
- Vázquez Villanueva, Graciana (2006). "Una política lingüística en el callejón: Hacer la nación, unificar la lengua en Argentina (1890-1900)". *Revista Lenguaje* 34: 97-123.